

# El Galgo

Juan Manuel Sainz Peña

Madrid. 11 de septiembre de 1665.

**N**o puede ni debe importar a vuestras mercedes mi nombre y mi ocupación. Bien haréis si desecháis, por tanto, lo accesorio y atendéis a cuanto he de contaros acerca de aquel eficientísimo ayudante del ujier de vianda, poeta también de vocación, aunque sin fortuna entre *quevedos* y *calderones*, y que pasó de vivir sus días sirviendo al monarca, a mendigar por las calles de Madrid, de laudes a completas, de la mañana a la

noche, penando la desventura de haber quemado al rey, por accidente, sus partes pudendas. Treinta y dos días estuvo, por cierto, don Felipe, entre ungüentos y pomadas, dolorido y fastidiado, hasta que la quemadura de aquella salsa hirviendo dejó de martirizarle.

Imagino, ahora que Su Majestad no está para otra cosa que esperar en su lecho a que la muerte se lo lleve —al menos eso se comenta en todos los mentideros de la Villa y Corte—, y ya que el pobre Luciano hace tantos años que descansa en la paz de Cristo, que puedo narrar aquí y ahora la desdicha del que antaño fuera sirviente del rey. Hoy, ya está escrito, uno yace bajo tierra y el otro pronto lo hará rodeado de boato e incienso, dando por sentado que la parca lo mismo consume al menesteroso que al rico; “*pulvis es, et in pulverem reverteris*”<sup>1</sup>. Valga, pues, tal sentencia para todos: del noble al pobre, del villano al gentilhomme.

Antes os hablaré de Luciano, apellidado Pulchinela, pues era su padre oriundo de Nápoles, si bien sólo enseñó a sus tres hijos a decir maldiciones y palabrotas en su lengua cuando las cosas no les venían bien dadas, cosa harto frecuente en aquella casa, que tocada por un mal hado o algún otro tipo de maleficio, llevó a la vida de la familia un rosario de desgracias. Algunas de ellas fueron grotescas o tragicómicas, si bien estas líneas, contadas con más entusiasmo que acierto, sólo narrarán lo sucedido con el ayudante del ujier.

Era el empleado de Palacio un hombrecillo flacucho y de aspecto enfermizo, sin más presencia ni valor que el de la claridad de sus ojos verdes. Calvo desde temprana edad, apenas guardaba alrededor de la cabeza y en la frente unas hebras de pelo que afeaban aún más su destartado físico. No pocas bromas costaron a Luciano aquella apariencia insignificante. Unos lo llamaban “el Galgo”, de tan delgado; otros “Canino el poeta”, aunque él jamás —salvo aquel día de junio de 1636 en el Alcázar— perdió su serenidad ni su rectitud, frío hombre como era, acaso el más de toda la corte.

Poco amigo de vinos y tabernas, no se le conocía otra debilidad que la de su esposa, doña Jerónima de Espina, hermosísima mujer que deslumbraba con su porte, provocando no pocos comentarios a su paso, tal era su delicada apariencia, su piel blanquísima, sus ojos grandes del color de la miel y sus turgencias. No le faltaron pretendientes a aquella mujer antes y después de

---

<sup>1</sup> “Polvo eres y en polvo te convertirás”.

---

tomar como marido a Luciano, al que le bullía hasta el alma si un hombre fijaba en ella la vista más tiempo del necesario, celoso enfermizo como era.

Caballeros e hidalgos con más nobleza en el escudo de armas que en la sangre, emponzoñada siempre con tanto deseo, estuvieron siempre prestos a cualquier movimiento de la dama, aunque ella siempre hizo sordos los oídos y ciegos los ojos a tanta oscura galantería.

Jamás, que este humilde escriba sepa —al menos hasta que todo ocurrió en Palacio—, le adornó doña Jerónima la cabeza con encornaduras ni abalorios de semejante linaje: su vida era su esposo y la misa de siete en Las Descalzas. Sin frutos de aquel matrimonio, la esposa siempre guardó las formas, y no lo digo sólo en lo tocante a lo moral, sino también a sus carnes, siempre prietas —Dios perdone mi lujurioso recuerdo— bajo la camisa de pechos y la saya parda.

Cuando Luciano entró a servir en Palacio, el 14 de mayo de 1625, todavía no había cumplido los veinte años, pero muy pronto destacó por su diligencia, atento como estuvo siempre, desde el primer día que pisó el Alcázar, a todo lo que se le explicaba: desde quién era y a qué se dedicaba el panetero, hasta qué había que hacer cuando el rey se marchaba tras la comida.

El monarca le tenía gran estima. Tal vez poseían en común esa frialdad tan acusada, pues eran los dos, al menos en lo aparente, igual que un pozo de nieve.

“Más vino”, pedía don Felipe sin pestañear, y el Galgo escanciaba despacio el caldo, como si para tal menester no existieran las horas en el reloj ni los días en el calendario.

Diez años después de entrar a servir al Rey Planeta, Luciano celebró el casorio con doña Jerónima, en una ceremonia humilde, con poca familia en las bancas de la iglesia y menos banquete aún, pero que hizo dichosos a los recién casados, si bien es cierto que la felicidad duró poco más de un año, siguiendo la tradición atroz de los Pulchinela.

Recuerdo bien cómo sucedió todo, hace ahora diecinueve años, durante la onomástica de San Juan Bautista.

---

En el gabinete donde iba a comer el rey, el tapicero terminaba de extender con sus ayudantes una valiosa alfombra turca y una nube de funcionarios y empleados nos afanábamos en silencio en dejar la sala del comedor del rey en perfecto estado. Sin esperarlo, Felipe IV apareció por allí antes de que todo estuviera preparado para su almuerzo.

Aun presentando respeto, nadie dejó de lado sus obligaciones ni se distrajo. Al poco de quedar tendido el tapiz sobre el suelo, la mesa y la silla donde iba a comer Su Majestad se colocó en su sitio tras las pesadas maniobras, pues eran los muebles de la mejor caoba y el mejor nogal.

Asistía en tanto el rey al montaje, con la boca entreabierta y el pelo revuelto, desnortado como siempre ha sido su condición.

Una vez se retiraron en silencio los ayudantes del furriel, don Felipe se acercó al tapicero y le preguntó algo. El operario asintió con la cabeza. Luego el monarca se marchó y lo dejó allí en su tarea de intentar quitar una arruga rebelde en la alfombra, que aun insignificante, fastidiaba al meticuloso funcionario.

Todo quedó dispuesto, una vez el gentilhombre de boca recibió de manos del sumiller el salero cubierto y besado, con la mesa ya vestida, y los trincheros y el calentador a punto. Luego el ujier de vianda, don Fermín Gastor, apremiado porque la hora se le echaba encima, avisó a los servidores para que estuvieran atentos.

Cuando volvió el rey a la sala, el sumiller, de nombre Jaime Larea, colocó dos copas llenas de vino, la que usaría el monarca y la de salva, que probaría don Jaime delante de Su Majestad para asegurarle que no había peligro.

— ¿Es el vino de vuestro agrado, majestad? —preguntó el sumiller atento a la reacción del monarca que acababa de tomar asiento y paladeaba el caldo con parsimoniosa calma.

Don Felipe, tan estático que se diría una estatua, contestó con una imperceptible inclinación de cabeza.

Se retiró, pues, Larea, satisfecho con la elección, y dejó que Luciano proveyera al rey de vino las veces que las reclamara.

---

La estancia fue llenándose entonces del sonido propio de la comida. Olía a pan horneado y al pesado sudor de los sirvientes, pues apretaba ya la canícula de los primeros días de verano —como lo hicieron los últimos de primavera— en la Villa y Corte. Tanto fue así que hasta don Felipe había abandonado todo ceremonial, vistiendo para la ocasión una fresca camisa blanca y unas sencillas calzas de fino algodón.

El ujier observó todo el proceso con su flema habitual, sin apenas abrir la boca, dirigiendo todo aquel baile moviendo las manos o dedicando miradas a unos y otros. Una vez comprobó que las cosas estaban en orden, dio la voz para servir al rey:

– ¡A las viandas, caballeros! —dijo sin moverse de donde estaba.

Nada cambiaba nunca en las comidas de Palacio. El rey llegaba solo, se sentaba a la mesa y aquel enjambre de sirvientes ejecutábamos la rutina diaria como si no hubiéramos nacido para otra cosa o jamás hubiéramos hecho en la vida ninguna otra tarea.

Para colmo, era en verdad desesperante ver al monarca comer, pues sólo movía los labios al masticar, desmenuzando con insuperable lentitud la comida, maniobrando con los brazos y las manos igual que si estuviera inválido. Ningún gesto, apenas una mueca, nada que nos hiciera pensar que los alimentos que le poníamos por delante le hacían gozar más o menos.

La sala del comedor se asemejaba bien a menudo a los lienzos de ese pintor sevillano, don Diego Velázquez, pues al contraluz de las ventanas se bosquejaban los personajes que pululaban por la estancia, como en una pintura ejecutada a grandes trazos. La claridad del verano se colaba rebotando en el suelo, los tapices de las paredes y en los cubiertos de plata. Nada parecía capaz de alterar aquella escena. El Galgo, sin apenas inmutarse, igual que don Felipe, servía vino, los ayudantes de sala recogían los platos en completo silencio, y sólo el rumor del viento, que hacía aletear alguna ventana en el pasillo que llevaba a las estancias, se dejaba oír junto con el tintineo fugaz de los cubiertos.

Felipe IV alzó la mano y Luciano fue a llenar de nuevo su copa, pero éste lo detuvo con la mano y dijo algo al ayudante del ujier, que escuchó ligeramente inclinado hasta que el rey dejó de hablar.

---

No sé describir a vuestras mercedes qué cara se dibujó en el Galgo cuando recuperó la postura. Me gustaría decir que palideció, pero Luciano era de piel tan blanca como su querida esposa, así que si el color de su rostro cambió, no puedo asegurarlo. Acaso noté una leve sacudida en las manos, de forma que la jarra de vino que sostenía con sempiterna calma, rehiló como zarandeada por un temblor de tierra.

Pulchinela pasó el resto de la comida igual de inquieto, mirando de soslayo al comensal, atendiendo tan distraídamente que hasta don Fermín, el ujier, hubo de llamarle la atención dos veces.

¿Qué podía ocurrirle al eficaz siervo de Palacio? Me acerqué a él y le pregunté en un susurro por la razón de su desasosiego. Pero Pulchinela no me contestó. Apenas se encogió de hombros a la par que un grueso goterón de sudor le caía por la mejilla hasta quedarse acomodada en su perilla, el único sitio de su cabeza donde todavía quedaba pelo en abundancia.

Dos miradas llenas de fastidio me obligaron a retirarme de Luciano sin poder despejar mis dudas: la del ujier, que me fulminó con sus grandes ojos negros, y la de Su Majestad, que había fruncido el ceño, entre molesto y curioso, con el tenedor a punto de rozarle los labios.

Llegaron más platos de gigote, capón y gazpacho andaluz servido en una cazuela de barro que le permitía conservar su frescura. De esto y de aquello probó nuestro rey, voraz pero sin inmutarse, mirando de tanto en tanto al pobre Luciano, que ya había dejado de servir sólo el vino para dedicarse también a las salsas que acompañaban a tanta vianda.

Humeaba un guiso de faisán y setas que fue servido al monarca en generosa ración. Sudaba don Felipe con la comida y el calor que le asediaba.

– Salsa para esto —reclamó el monarca.

Luciano tomó con cuidado la salsera hirviendo apartando un poco la cara, pues el humo subía nublándole la vista. Después, dio un paso y luego otro, mas no hubo de olvidar el mal hado de los Pulchinela a aquel hombrecillo, pues al tercer paso que dio, vi su pie tropezar con la maldita arruga de la alfombra, de

---

tal desgracia que todo el líquido recién apartado del fogón fue a derramarse en la entrepuerta de nuestro rey.

Un instante imperceptible de silencio precedió al alarido espantoso que salió del monarca como si fuera un animal herido y no una persona. Se levantó del sillón como buenamente pudo don Felipe, entre aullidos y votos a tal, como si en vez de noble fuera el soberano un matón del Madrid nocturno y pendenciero. Luego no pudo Su Majestad más que tumbarse sobre la alfombra con una nube de ayudantes, sirvientes y soldados de la guardia alemana y borgoñona que escoltaban a diario todo el aparato de los preparativos para el almuerzo rodeándole en un inútil esfuerzo por aliviar su dolor.

— ¡Llamad a los médicos! ¡Aprisa! —reclamó el ujier de vianda empujándonos a todos para poder entender qué había ocurrido.

En tanto, Luciano Pulchinela contemplaba la escena idiotizado, con la salsera vacía todavía en la mano, hasta que uno de los soldados lo cogió por el cogote y lo sacó de allí entre maldiciones y atropellos.

Yo me quedé mirando cómo se lo llevaban y cómo en la misma panetería, sin atender a explicaciones ni disculpas, dos militares más y un par de ayudantes, que tal vez le tuvieran ojeriza, lo tiraban al suelo y lo pateaban con violencia imprecando y maldiciendo mientras le anunciaban que de allí se iría directamente al patíbulo.

Casi nada pudo alegar el bueno del Galgo. Era imposible abrir la boca en aquella lluvia de puntapiés y golpes. Acaso se escuchó algún perdón y poco más, porque su cuerpo endeble apenas resistió la paliza, y pronto quedó sin sentido, magullado y dolorido, en un ¡ay! al que nadie hizo caso, ocupados como estaban todos en auxiliar al rey.

Después de aquello, naturalmente, Luciano no volvió a pisar el Alcázar. Y debió, además, dar gracias a Dios de que no se le juzgara ni llevara al cadalso, como alguno—incluido el Conde-Duque de Olivares, valido de don Felipe— llegó a pedir una vez enterado de lo sucedido en el almuerzo.

Así quedó el ayudante del ujier, sin empleo ni dientes —tal fue el castigo aquel día y los que le precedieron—, de tal infortunio que hasta su esposa lo abandonó dos meses después, cansada de que nadie en Madrid diera trabajo a su

---

marido, y hastiada de que la señalaran con el dedo camino de misa entre murmullos de “su marido fue” o “aquella es la esposa del patán”.

A Sevilla se marchó, cuentan las lenguas de doble filo, con un artesano del oro, huyendo de la Villa y Corte y de la vergüenza, dejando a Pulchinela en la miseria del alma que pierde para siempre un amor.

Y de ese amor, o tal vez debería decir de ese desamor, murió Luciano. Apareció una mañana sin vida, apestando a vino barato —él que nunca hasta entonces había bebido—tirado en una calle cercana a la que fue su casa, rodeado de boñigas de caballos y algún perro comido de pulgas,

Así es la vida en estos tiempos que corren, y así serán por siempre, me temo, que ayunos de perdón y misericordia vivimos en esta España donde nunca se perdona, donde nunca se olvida, pues siempre sobró aquí el rencor y la envidia, por más grande que sea o haya sido, vive Dios, nuestro glorioso imperio.

## **EPÍLOGO**

Habían sonado en el Real Convento de San Gil las completas. Ya no quedaban en las calles sino algunos parroquianos que salían de las tabernas en busca de querellas, queridas o fulanas. Luciano Pulchinela deambulaba como siempre desde que quemó al rey, borracho y solitario, aguantando el frío de febrero, sin más fuerzas ya que las de su corazón herido.

Caminó dando tumbos, con la vista nublada por la noche y la cogorza, balbuceando uno de sus versos, hasta que finalmente se sentó en el suelo, rodeado de agua sucia e inmundicia, repitiendo, hasta que las fuerzas y la vida le faltaron, la estrofa que había compuesto aquella misma noche, entre tragos de vino barato y el recuerdo de doña Jerónima:

Díjome pues, el rey, Su Majestad,  
mientras aquellas viandas comía,  
que habiendo oído de mi señora su beldad  
quería en Palacio emplearla.  
Y yo, que bien del soberano sabía,  
a poco que este cristiano durmiera,  
querría el rey a mi mujer convertir en reina,

---



yaciendo en su cama real y no dando más corona  
que la que sobre mi cabeza pusiera.  
Una corona sin oro ni aderezos,  
cuernos llaman, de tan tiesos.  
Hirvióme entonces la sangre  
con tal cosa imaginando.  
Inventéme, pues, con la alfombra aquel tropiezo.  
Quemé a gusto a don Felipe  
vertiendo aquella salsa y pensando:  
Ya andáis bien servido, reyezuelo,  
que soy siervo y no cabrito.  
Dejad en paz a mi esposa,  
no abuséis de tanta carne.  
¡Ahí van unos huevos fritos!

---